

EL MOTÍN

Año XXXIX

Madrid, Domingo 10 de Agosto de 1919.

Número 19.

EL MOTÍN PERIÓDICO SEMANAL SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta ceca, con el 25 por 100 de rebaja.

Escrúpulos de monja

Ha transcurrido otra semana sin que se pongan de acuerdo los partidos monárquicos sobre la fórmula económica que ha de esquilmar al país.

Están en sus escrúpulos legales a la altura que estuvo en cortesía aquel cocinero que le preguntó a un pavo antes de acariciarle el pescuezo con el cuchillo, si prefería que lo asara ó que lo guisase en pepitoria.

«Gasta lo que debes, aunque debas lo que gastes.»

Este aforismo de un vividor aristocrático, vienen poniéndolo en práctica los gobiernos de la restauración, reforzándolo con esta otra coplilla financiera:

«Mientras haya quien te fie no pases necesidad; hartó trabajito tenga el que tenga que cobrar», y contrareforzándola con esta filosofía máxima:

Cobra y no pagues que somos mortales.»

Por esto me hacen tanta gracia los tiquis-miquis con que andan ahora los monárquicos para legalizar la situación económica.

Se tragan una viga y se ahogan con un pelo.

Rectificación a medias

Reconozco, aunque nadie me lo haya advertido, que «exageré un poquito al decir en el número anterior que todos los conservadores son iguales.

Como hombres, indudablemente no lo son, hay bastante diferencia moral entre unos y otros. Yo no me atrevería en ningún caso a comparar a La Cierva con Sánchez Toca. Creería ofender demasiado al último.

Pero como políticos, los asemejo con los gatos: se diferencian en el tamaño y el color de la piel y en que nos parecen á ratos más mansos unos que otros, pero no en los instintos. Llegada la ocasión todos recuerdan la raza á que pertenecen y sacan las uñas.

Los que nos llamamos revolucionarios en España sin cuidarnos de probar que lo somos, no nos parecemos en nada al fraile aquel que escribía: «Lista de las personas que me revientan sin saber por qué», y la encabezaba de este modo:

«El prior, sea quien fuere.»

Si nos parecíamos en algo, no apoyaríamos a un gobierno monárquico contra otro. El que ejerciera de prior ese debiera ser siempre el blanco de nuestros ataques.

LOS ORIGENES

El obispo de Cádiz, D. Marcia López Criado, dijo en una conferencia dada en el Círculo Católico de aquella ciudad: «que sólo caben dos soluciones para resolver el conflicto creado entre la propiedad y el trabajo, el catolicismo y el bolchevismo.»

Añadó que las masas trabajadoras sólo aspiran á los procedimientos de destrucción y aniquilamiento de la sociedad, de lo que provendrá, como consecuencia, la vuelta al caos.

Y concluyó diciendo que el catolicismo impone reglas fundamentales á patronos y obreros.»

Contra esas opiniones, opongo esta mía: que los orígenes de todo lo que actualmente sucede, parten del cristianismo, como se prueba en los siguientes textos:

«Sepan que la tierra de donde han salido es común á todos los hombres, y que, por lo tanto, los frutos que produce pertenecen á todos indistintamente. En vano alegan que son inocentes los que conviven en una propiedad privada los dones de Dios, porque, reteniendo así la subsistencia de los pobres matan casi á todos los que diariamente mueren.»—San Gregorio el Grande.

«Los ricos y los avaros deben ser considerados como ladrones que se han embarrado, desvalijan á los viajeros y convierten á las viviendas en cavernas donde en tierra la hacienda ajena.»—San Juan Crisóstomo.

«Guardaos de tomar el pretexto del amor paternal para mis hijos.» (Buena escuela! Tu padre guarda tus bienes para tí; tú para tus hijos; éstos para los suyos y así sucesivamente. De esa manera nadie observará la ley de Dios.)—San Ambrosio.

«¿Qué se me dirá? El que reserva para sí las cosas que pertenecen á todos. ¿Y no eres ladrón tú, que te apropias los bienes que sólo has recibido de Dios para propagarlos y distribuirlos? Si el que se viste un vestido es llamado ladrón, el propietario que se abstiene de cubrir con él á un semejante suyo, ¿cómo puede ser calificado con el mismo nombre? El pan que guardas es del hambriento; el

vestido que encierras en tu armario, es de que no tiene ninguno; el calzado que dejas reposar en tu casa, es del que lleva los pies descalzados; el dinero que posees, como enterrado, es del que se halla en la indigencia.»—San Basilio el Magno.

Como se ve, la semilla de rebeldía que fructifica ahora, la sembró la Iglesia hace siglos.

Se me dirá que la Iglesia aconseja á los ricos que socorran y traten bien á los pobres, pero como éstos han visto que no lo hacen, se han decidido por fin á ser jueces en causa propia.

Y no podrán ser calificados de impacientes, pues han aguardado nada menos que veinte siglos á que los ricos reconociesen su derecho á la vida.

Idea desechada

Se me había ocurrido una idea que hubiera propuesto al Gobierno, al no advertir á tiempo que sería ineficaz por ser en práctica; fué esta.

Que se obligara á todos los ayuntamientos de España á colocar en la antesala donde celebrasen sus sesiones una lápida con estos versos que figuraran en la escalera del de Toledo, y que creo que son de Jorge Manrique:

«Nobles, discretos varones que gobernais á Toledo, en aquestos escosiones desechad las aficiones cobdicias, favor é miedo.

Por los comunes provechos dejad los particulares; pues Dios vos fizo pilars destos magníficos techos, estad firmes é derechos.»

¿Que por qué pienso que sería ineficaz esa idea?

Porque la mitad por lo menos de los concejales de España no sabrían leer esos versos. La otra tercera parte no los comprendería aunque los leyese. Y de la otra cuarta parte, el 50 por 100, creen de buena fe que su principal deber consiste en hacer honor á este antiguo adagio:

«Quien roba al común, no roba á ningún.»

Y ya usted á convencerlos de lo contrario.

Aunque la prueba más concluyente de que siempre se creyó anejo al cargo de concejal el deber de enriquecerse, está en que hace ya siglos fué necesario hacer tales advertencias á quienes entonces lo desempeñaban.

Como desde aquella fecha se ha progresado en todo, calcúlese lo que ocurrirá por esos municipios, á donde suelen arribar muchos ciudadanos gastándose miles de pesetas. O de duros.

En fin, que habrá que darle la razón a aquel que dijo:

«La moral es ideal: caballeros y señoras no componen más moral que un árbol que cría moras.»

Aristócrata moral

El presidente de la república francesa, Poincaré, va a dejar su cargo más pobre que entró en él. «Sus escrúpulos han llegado, dice *L'Eclair*, hasta a pagar de su cuenta personal los enormes gastos que ordinariamente son cubiertos con créditos especiales. M. Poincaré no ha querido nunca agotar esos créditos, que han vuelto al presupuesto.

Hay más: La guerra, como sabemos, ha multiplicado los sufrimientos y las miserias de todas clases. El presidente de la República, por una parte, y madame Poincaré, por otra, han constituido en el Eliseo un verdadero ministerio de la Caridad, que dirigen. Es tal vez anticonstitucional, pero ¿quién se atrevería a reprocharlo? El presupuesto anual de ese ministerio, cuya discreción iguala a la actividad, es superior con mucho a medio millón. Haced ahora una pequeña adición, seguida de una sustracción, y comprenderéis por qué M. Poincaré no tiene hoy día, de los bienes adquiridos con su trabajo, más que un recuerdo.

El problema de la vida, va imponerse, pues, mañana, al jefe del Estado, cuando no sea más que un simple ciudadano.

¿Que tanto es ese Poincaré! exclamarán a coro los políticos españoles, sin distinción de partidos, que comenzaron a sacrificarse por la Patria, con un trapo atrás y otro delante. Y hoy poseen fortunas cuyo origen no pueden explicar.

Dejo en libertad a cada lector de señalar con el dedo a los caballeros que se han enriquecido en España utilizando la política para sus cohechos, sus negocios ó sus bufetes; pero guárdense bien de citar sus nombres en letras de molde, para no exponerse a ir á presidio por calumniar ahorcables.

Teoría y práctica

Béla Kun, el jefe del gobierno maximalista húngaro, huyó al acercarse las tropas rumanas a Budapest.

Fué detenido en la frontera de Austria. Al registrar su equipaje encontráronse entre sus ropas cinco millones de coronas (pesetas) en billetes, y en su maleta cincuenta mil cigarros.

Si esto es cierto, habría algún fundamento para suponer que ese enemigo de la propiedad privada descuidaba un poco el detalle de poner en armonía su teoría con la práctica; que es sumamente previsora y que no desconoce aquella filosófica máxima española de «a mal dar, tomar tabaco.»

¿Porque cuidado si iba bien provisto de cigarros el hombre!

Un tiro por la culata

Los jesuitas estuvieron retrasando la inauguración del monumento del Cerro de los Angeles hasta que Mau-

ra subiese al poder. Tan bien preparada tenían su vuelta, y tan confiados estaban de que no habría ya quien lo derribase. Esto explica el por qué sustituyeron el *Yo reinaré* (aludiendo al Corazón de Jesús) por el *Yo reino*.

No creo que reine en España el Corazón de Jesús, pero si me equivocare no tendría reparo en confesar que no ha inaugurado del todo mal su reinado al no oponerse á que caigan del poder los hipócritas amparadores de los que lo han entronizado con el exclusivo propósito de ver si pueden explotarlo más de lo que vienen haciéndolo.

Deseo, sin embargo, por si ó por no, ya que está en moda el derribar troncos, que el suyo se derrumbe lo más pronto posible.

Que si se derrumbará.

Buscando disculpas

Otra circunstancia atenuante que se me ha ocurrido al meditar sobre el conato de enhebramiento del niño. Tómase por el escolapio Pedro; esta; que quizás lo intentase por errónea interpretación del precepto evangélico «Amaos unos á otros.»

Si ese precepto estuviese más expósito y dijese «Amaos unos á otras», hubiera tal vez ese desgraciado elegido una niña en vez de un niño.

Procédese para evitar en adelante un *quid pro quo* parecido, que todos los frailes sepan el verdadero uso gramatical de los géneros masculino y femenino.

Y ahora que vuelvo á tocar este asunto voy á hacer otra observación.

Uno de los argumentos que más se esgrimen para disculpar á los frailes que perforan niños en los colegios clericales, es el de que el voto de castidad que hacen los impulsa á cometer muchas aberraciones.

Pues no lo entiendo ¡vive Cristo! Lo entendería, si con esas aberraciones no infringiesen el voto de castidad que hicieron; pero si han de infringirlo fatalmente, ¿por qué no hacerlo siempre con mujer nacida de varón, y no con varón nacido de mujer?

Yo creo otra cosa: que la mitad por lo menos de los que se sienten con vocación de fraile, llevan dentro un presunto pederasta sin advertirlo ellos mismos hasta que la ocasión de demostrarlo se presenta.

La fisiología tiene fenómenos como la religión misterios.

No hay que hablar de nada

Ha hecho bien el diputado republicano Sr. Layret en recordar en el Congreso, con ocasión del debate sobre la fórmula económica, que en España no todo se reduce á la necesidad de reformar las plantillas y de subir el sueldo á los empleados.

Pero no anduvo ya tan acertado al decir que en el Congreso «hay que

hablar» de crisis, huelgas, atropellos de todo lo que está hablando él. señor Layret es demasiado inteligente para creer en serio que en el Congreso sirve de nada hablar de todas estas cosas. El Sr. Layret sabe que de sus discursos sólo quedará la satisfacción de haberlos pronunciado.

Peroraron sobre los sucesos de Agosto todos los diputados de la izquierda; dijeron cosas emocionantes y requetebien dichas. ¿Qué? ¿Se ha exigido alguna responsabilidad? ¿No gobierna hoy, y hasta con cierta satisfacción de las izquierdas, el mismo partido que gobernaba en Agosto de 1917?

Los atropellos del pueblo indefenso, por la Guardia civil, es uno de los asuntos predilectos de nuestros diputados, hace muchísimos años ya; lo que prueba que el mal no debe estar llamado á desaparecer con discursos. Realmente, desde un punto de vista parlamentario, sería lamentable que desapareciese. Es uno de los asuntos de mayor lucimiento.

El régimen es combatido con saña en el Congreso. Sobre todo D. Marcelino Domingo dice de él cosas que despeluznan cuando ve que decae el interés por el discurso que está pronunciando. Y ahí está el régimen, como si tal cosa, ó todavía mejor que si tal cosa.

No, Sr. Layret; en el Congreso no hay que hablar de nada porque no se resuelve nada. Yo no dudo de la buena fe de usted, y voy á permitirle hacerle una advertencia:

Todos los que pronuncian discursos como el de usted, lo hacen á sabiendas de que no van á conseguir nada absolutamente. Ya en su casa, de retirada, no piensan en los entuertos que han enderazado, sino que se dicen con arroboamiento:

— ¡Bien me salió aquello de «el que deba caer, que caiga, por alto que esté!» ¡Ha debido resultar magnífico! ¡He estado mucho más valiente que Fulano! Total, eso que dijo Fulano, soy yo capaz de decirlo hasta sin inmundidad parlamentaria.

El Papa ha prohibido á los católicos formar parte de cualquier sociedad teosófica, intervenir en sus reuniones y leer sus publicaciones.

Poca confianza tiene en el arraigo de la fe en el corazón de sus ovejas, cuando cree que necesita prohibirles todo eso.

Gasto superfluo

Leo que ha hecho escala en Tenerife un vapor procedente del Congo que conduce á Bélgica una hermosa colección de fieras destinadas á reemplazar los ejemplares desaparecidos de los parques zoológicos durante la invasión alemana.

Podían en Bélgica haberse ahorrado

ese gasto: con traspasar la frontera, cazar á laxo diez ó doce alemanes y meterlos en las jaulas vacías, hubieran podido exhibir la colección de fieras más completa del mundo.

Y de la raza más pura.

Y de los instintos más feroces.

Debemos congratularnos de que los mauristas detuviesen, encarcelaran y vejaran y desterraran á Angel Sanblancat cuando en Mayo último fué de propaganda electoral á Andalucía, pues á esto se debe que esté publicando en *El Diluvio* de Barcelona unos artículos interesantísimos acerca del verdadero estado económico, político y social de aquella región. Uno de ellos es este:

La Andalucía que nadie ha visto

—Europa es una casa que se quema por un lado. España es una casa que está ardiendo por el piso bajo. El piso bajo de España es Andalucía.

—Yo he sido secretario del Centro Obrero de Valenzuela. Soy el más listo del pueblo. Pues ¿ve usted? No sé firmar, no sé hacer una o con un canuto.

—No, señor. No se puede vivir. Caciques y señoritos nos majan más que al esparto.

En Fernán Núñez nos daban los amos cuatro pesetas. Nosotros pedíamos cinco. Por fin, nos llamaron y nos dijeron:

—O concedemos las cinco; pero gritad: ¡Viva Jesús Nazareno!

—¿Los señoritos? Descabezados como los boquerones y rajuntaos de cinco en cinco por la cola quisiera verlos á todos.

—En la última huelga, al ver los señoritos que no capitulábamos á pesar de llevar más de dos semanas sin trabajar y sin comer, nos preguntaban con sorna cuando nos encontraban:

—¿Todavía estáis vivos?

—En Nueva Carteya llaman á los sindicalistas católicos el somatén, la guardia civil negra.

—Habíamos de hacer como los de Cuevas Bajas, que, hallándose sin trabajo y sin recursos, se fueron al Ayuntamiento por los fondos municipales.

—A la hora oficial le llamamos la hora de los ricos, y á la hora antigua la hora de los pobres.

—Los amos no quieren parlamentar con nosotros. Si nuestros comisionados fueran con un cuchillo hasta el talón ya hablarían.

—¿Sabe usted por qué ellos nos llaman los «mayas»? Porque cuando estamos segados le da á lo mejor á uno la «tia» y se «mayas» de ejambres.

—El obrero del campo no es más que la figura de un hombre y Andalucía no es más que la sombra de un pueblo.

ANGEL SANBLANCAT

Alpandeire (Málaga)

Está bien, pero...

Los republicanos y los socialistas se oponen á que se aplique la «guillotina» á los mauristas y ciervistas que hacen obstrucción en el Congreso para impedir que se apruebe la fórmula económica del Gobierno (me refiero á la guillotina parlamentaria).

Si lo hacen por no sentar un precedente que mañana se vuelva contra ellos, creo que es un exceso de candidez; los ciervistas y los mauristas les aplicarían á ellos la guillotina si volvieran al poder al menor conato de obstrucción que hiciesen, pues precisamente se introdujo esa novedad en el reglamento del Congreso para reventar á las izquierdas.

Y aun la otra, la que corta cabezas, se la aplicarían con sumo gusto á socialistas y republicanos si ese aparato reemplazase un día al del garrote, que hoy se usa en España para suprimir respiraciones.

Cine clerical

LOS PRODIGIOS DE LA FE

—Vaya, no sea usted tan guasón, señor Dimas.

—Pero, mujer, si es la verdad.

—Vamos, vamos: eso no puede ser.

—Pues sí que lo es; fíjese usted un rato en ese retrato de Espartaco, y como usted piense que mueve los ojos, los moverá, es decir, usted creerá que los mueve.

—Sí, pero en todo caso eso serían ilusiones, y esto otro es verdad, porque á ese Cristo de Santander lo ha visto mucha gente que movía los ojos, y aquí los de ese Espartaco no los ve más que el que los mira.

—Es lo mismo; lo puede ver uno como lo pueden ver cuarenta.

—Pues ya sabe usted que un médico vió cómo respiraba el Cristo con el estertor de la aganía, y hasta oyó una voz secreta que le dijo: ¡Confíesat!

—Un médico puede tener una sugestión lo mismo que un mozo de mulas.

—Sí, pero lo del Cristo de Limpías no son sugestión, son prodigios de la fe.

—Es lo mismo. Los faquires de la India se abren el vientre en medio de la plaza pública, arrojan los intestinos al aire, y luego aparecen sanos y sin herida alguna.

—¡Oh! Esos son juegos de manos.

—Esos son casos de sugestión de toda una multitud. Los fieles que miran á ese Cristo, esperan ese prodigio, están exaltados en su credulidad, y más ó menos tarde llegan á ver lo que desean. Si corriéramos la voz de que ese retrato de Espartaco movía los ojos, yo le aseguro á usted que entre las gentes que acudieran á contemplar ese fenómeno, habría muchas que lo verían tal como se dice.

—Eso no se ha visto nunca con retratos de personas mundanas.

—Porque no se ha hecho la prueba. A la virgen de Lourdes no sólo la veía la Bernadeta, sino todas las chicas de su edad la acompañaban, y unas la veían de un modo y otras de otro, y no había modo de ponerlas de acuerdo.

—Bueno, pero al fin de todo no me negará usted que para Dios no hay nada imposible.

—No lo niego, pero también es verdad que Dios no va contra las leyes naturales, y por eso no es posible que una estatua de madera respire, palidezca y mueva los ojos.

—¡Ah! Eso son misterios.

—¡Y tanto!

FRAY GERUNDIO

Algo que agrada

En Cervera del Río Alhama se han celebrado con bastante desanimación las fiestas de Santa Ana. Si un padre jesuita no se encarga de amenazarlas un poco desde el púlpito, acaban en medio del mayor aburrimiento.

Comenzó su sermón poniendo como no digan dueñas al liberalismo, y lo terminó dando vivas á lo que le convenía y mueras á lo que se le antojó.

Qué tal estaría el mozo de procaz, insolente y desvergonzado, pruébalo el que las autoridades, lo mismo la civil, que la militar, que la eclesiástica le aconsejaron que saliera cuanto antes de la población, lo que hizo al trotar cochineramente, no sin recibir de los católicos indígenas la más monumental silba que oídos loyalescos honraron.

Noticias de esta clase consuelan, animan y corroboran la digestión.

Sigue el saqueo

El Sr. D. Francisco Alcántara ha publicado en *El Sol* otro artículo hablando de la desaparición de varios objetos artísticos de la iglesia de Yepes. De él es este párrafo:

«El cabildo de Toledo, que dice que no tiene que dar cuenta á nadie de su tesoro, y si no lo dice hace en conformidad con tal dicho; el prelado de Toledo, habitante en un palacio de la mitra; los curas y el clero de las iglesias, y las monjas de los conventos, el clero español todo, alto y bajo, tienen necesariamente que acomodar su conducta en lo referente á la conservación del tesoro artístico eclesiástico nacional, á esas normas rigurosas de justicia á las que hoy no pueda faltarle sin incurrir en el odio y en el desprecio de las multitudes, aun de las más mansas y subordinadas á la Iglesia misma. Si en España se hubiera sabido por cuenta al clero alto y bajo, otra sería su situación en estos órdenes de la cultura artística, tan necesaria para saber estimar plenamente el valor fabuloso de los tesoros de arte, por el ciego destino puestos en manos de una clase que al través de todo el siglo XIX, que ha impuesto la estimación de las obras de arte á todas las gentes, se ha resistido sistemáticamente á participar de ella, siendo ésta indudablemente la causa principalísima de la vergonzosa dispersión por todo el mundo del arte histórico religioso español.»

Siendo la iglesia la congregación de todos los fieles, regida por Cristo y el Papa, su vicario en la tierra, estén en un error los clérigos que creen ó piensan que no tienen que dar cuenta á nadie de lo que hay en cada templo. Es como si en un Banco cualquiera se alzasen los que lo rigen por voluntad de

los accionistas con los fondos en él depositados. Más claro aún: es apoderarse de lo ajeno.

Lo que hay es que esto no se castiga en España cuando lo hace la gente de iglesia, pensando sin duda que la matarán los remordimientos.

¡Si si remordimientos! Cada vez están más atocinados y más listrosos los obispos, los canónigos, los frailes y los párrocos. Lo cual prueba que lo de los remordimientos es una filia mayúscula, inventada para que los miseros mortales nos abstengamos de robar.

Sección de milagros

«Padecía un buen sacerdote devoto de la Gran Reina, una gravísima tentación contra el misterio del Santísimo Sacramento; de modo era, que todas las veces que se ponía a decir misa le parecía que todo el Infierno tenía alrededor, y si no fuera por el mucho retiro que observara y el ejercicio de las otras virtudes, era imposible celebrase. Ocurríale que en la Hostia no veía más que pan; y obligarle á creer que gustando pan, viendo pan, oliendo y tocando pan no era pan, sino Jesucristo, era cosa muy dura, y más habiendo de doblar la rodilla y dar veneraciones á una oblea. Un sábado, en que estas tentaciones tenían más confuso el entendimiento del buen sacerdote, se fué antes de decir misa á una imagen muy hermosa de nuestra Señora, y con muchos suspiros y lágrimas, la dijo: «Bien sabéis, Virgen Santísima, que aunque padezco este tropel de imaginaciones, creo firmemente cuando cree la Iglesia; pero, Señora, no ignoráis lo mucho que padezco en haber de estar continuamente rechazando y rebatiendo estas ilusiones sin poderlas jamás de ver; y pues mi pena más nace por Virgen Purísima de lo poco que de mí fió, como de no de lo que padezco, compadeced de mí.» Parecíale al buen sacerdote sentir un gran consuelo en su corazón y como que le animaban y dulcemente impelían á que se fuese á celebrar; levantóse de los pies de esta señora, y diciendo misa, habiendo ya consagrado, antes de llegar al «Pater noster» se le desapareció la hostia. Aquí fué donde turbado, entre admiraciones y sustos, mirando á una y otra parte no sabía qué hacerse; pero levantando los ojos, vio á la gloriosísima Virgen con el Niño en los brazos, y con voz dulce y apacible le dijo: «No ves, devoto sacerdote mío, este niño hermoso, que tengo en mis brazos y que traje en mis entrañas? Este mismo es el que tú has consagrado y llevas en tus manos; tómale, ponle en el altar y acaba el oficio de la misa.» Tomóle el sacerdote contento y alegre; y poniéndole sobre los corporales, prosiguió la misa; pero llegando á aquella ceremonia de partir la hostia se le desapareció el Niño y halló la hostia que él había consagrado del mismo modo que estaba antes. No es decible el gozo interior que con este favor recibió el buen sacerdote, porque de allí adelante ni aun la menor tentación tuvo de las que tanto le aflijían, y allí quedó confirmado en el misterio sacrosanto de la misa, y agradecido á la que, como D. vino Aurora, había desvanecido las sombras de tan molestas tentaciones.»

¡Pobre sacerdote, protagonista de ese milagro! ¡Qué malos ratos pasaría

antes de ver ahuyentadas las visiones que le asediaban! Habría momentos en que sospecharía si estaba *guillatí*. Y, tal vez, ¡oh colmo de desventura! su ama creería lo mismo. ¡Infelices ambos!

Hubo, hay y habrá por esas sacristías cada drama, que parta los corazones.

Los grandes crímenes de la carne

Los Hermanos Maristas.— Un padre denuncia á los Tribunales abusos deshonestos cometidos con sus hijos.— El pueblo católico consiente.— La prensa reaccionaria calla.

El escándalo de los Hermanos Maristas

NIÑOS PROFANADOS

Desde hace poco a esta parte, han salido a la luz pública, en este Orense de campanarios y conventos, los más infamantes crímenes de la carne. El asunto de la corrupción de menores, todavía reciente, hizo desfilir por la crítica de los espiritistas nobles, la personalidad de algunos *caballeros*, que terminaron por salir airoso, y más cargados de prestigios. También en aquel asunto andaban mezcladas las sotanas, y lo mismo que a los demás *caballeros*, nada les sucedió; es más, quizá ese hecho de degeneración será un mérito en su *hoja de servicios* para alcanzar la silla episcopal. La gracia de Dios lo perdona todo: tal es de indulgente.

Tampoco es una novedad para nadie la expulsión fuera de esta capital, de un *reverendo*, muy hábil en cierta clase de organizaciones y muy amante de Antonianitas e Hijas de María.

Estos hechos, aunque escandalosos, son d. sculpables en cierto modo, si se miran a través de la naturaleza humana. Pero la acción criminal de ciertos Hermanos Maristas, esos brutos infames, no tienen justificación posible, dentro de los hombres, ni aun dentro de la esfera animal, donde quizá no se dió caso alguno que implique ofensa para el sexo. Más ordenados, más de acuerdo con la naturaleza, que los hombres mismos, no suelen apartarse de lo que aquella manda, en la satisfacción de sus necesidades.

Asusta y espanta que la candidez eucarística de unos niños fuese vilmente aprovechada por esos satiros de babero blanco; y lo horrible llega a su límite cuando se tiene en cuenta que el lugar buscado para tales desenfrenos es un colegio a donde iban a instruirse esos inocentes.

Abusaron de ellos, con la agravante de estar a su custodia; los profanaron con la superindia y el ascendiente que da la profesión de maestro (título mal colocado en sus manos, y que aún con ervan, — no sabemos en virtud de qué tolerancia, — después de lo ocurrido).

Y nosotros, aunque confiamos en que las autoridades no se duerman, vemos que el pueblo reaccionario no protesta, que la Prensa calla, y hasta tendremos ocasión de ver cómo los padres ofendidos se avienen a un arreglo, para no restar prestigio a la Iglesia y a las Comunidades religiosas.

Todo esto ocurrirá. Pero, — preguntamos nosotros, — si este hecho, en vez de los Hermanos esos, tuviese por protagonistas a los maestros laicos, ¿qué sucede-

ría? ¿Callaría la Prensa reaccionaria? ¿Transigiría el mundo clerical?

Entonces, saldría por todas las esquinas el estribillo de la *falta de fe*: los peligros de la *enseñanza librepensadora*. Los redondos curas y afetados frailes abrirían desde el púlpito sus bocas para exergar insultos y reclamar justicia. Se abrirían las cárceles; el Código cantaría muy alto, y se procedería a la clausura de todas las escuelas de enseñanza no católica.

En cambio, como son ellos, los ensotados, los de siempre, pueden estar tranquilos: cada reaccionario será un alcahuete, y cada clerical un encubridor. Si antes tenían cien alumnos, se duplicará este número en señal de desagrayo; los padres de familia serán los encargados de hacer propaganda en su beneficio; hasta será fácil que acudan ellos mismos a disfrutar de análogos favores... para justificar el epíteto de cabritos, ya que el de *cándidos e inocentes*, no les cuadra.

¿Dónde está el honor de hombre, la dignidad de padre y la vergranza de ciudadano? ¿En qué piensa esta sociedad hipócrita? ¿Para cuándo dejan su acción todas esas Damas Estropajosas? ¿En qué actitud se coloca el señor Obispo y demás autoridades eclesiásticas? ¿También ellos están conformes?

Es preciso y urgente que cada cual, desde su puesto, cumpla con lo que le exige el decoro. Si así no lo hacen, es prueba firme de que autorizan tales aberraciones: el padre que se fue mandando a sus hijos, a cavas de corrupción; las Damas del Estropajo que cierran los ojos; las autoridades eclesiásticas que lo alcahuetean y la sociedad cristiana que lo tolera.

Si el clero no se destaca en la protesta, provoca el peligro de que participe el conjunto de los vicios y defectos de la clase.

O los expulsáis de aquí, o todos sois Maristas. Pensad que va no es problema que el marido vigile a su mujer; que el padre tenga cuidado de la hija casada, no. Hoy son los niños, sin respetar la edad, los que están expuestos al atropello erótico y a la violencia bestial.

Nada le decimos al señor juez. El artículo, comentando un hecho análogo, ocurrido en Zaragoza, pone de manifiesto lo que puede hacer un juez en tales casos, y confiamos en su rectitud.

Basta.»

(La República Orense.)

Me complace ver que aún hay algún periódico que condena con indignación estas debilidades eclesiásticas.

Mas ruego a *La República* que no la derroche toda en este suceso, por si le faltase luego para los que sobrevengan de la misma índole, ya que en el cuadrante de la inmoralidad soplan hoy con más furia que otras veces los vientos de Sodoma.

Cada día me felicito más de haber nacido cuando no había frailes, pues así puedo llevarme a la fosa una virginidad por lo menos.

Cien sonetos

por

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta.

Imp. Genérica. San Leonardo, 8.